

Textos
Urbanos

EL DESESPERO

Pedro Madrid Urrea



FONDO
EDITORIAL
ITM

EL DESESPERO

PEDRO MADRID URREA



Madrid Urrea, Pedro
El desespero / Pedro Madrid Urrea. -- Medellín: Instituto Tecnológico
Metropolitano, 2018.

132 p. -- (Textos urbanos)

ISBN 978-958-5414-37-2

1. Novela colombiana 2. Literatura colombiana I. Tít. II. Serie

863 SCDD 21 ed.

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

EL DESESPERO

© INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO

© PEDRO ALEJANDRO MADRID URREA

Edición: noviembre de 2018

Hechos todos los depósitos legales

DIRECTORA EDITORIAL

Silvia Inés Jiménez Gómez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

Lila María Cortés Fonnegra

ASISTENTE EDITORIAL

Viviana Díaz

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Alfonso Tobón Botero

IMAGEN DE CARÁTULA

pixabay.com

Michael Gaida

Editado en Medellín, Colombia

Sello editorial Fondo Editorial ITM

Instituto Tecnológico Metropolitano

Calle 73 No. 76A 354

Tel.: (574) 440 5100 Ext. 5382-5197

www.itm.edu.co • <https://fondoeditorial.itm.edu.co>

Medellín – Colombia

Las opiniones originales y citas del texto son de la responsabilidad del autor. El ITM salva cualquier obligación derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella recaerá única y exclusivamente sobre el autor.

CONTENIDO

CERO.....	9
LO DEMÁS SON PURAS BABOSADAS	
UNO.....	17
SIN PLATA NO HAY AMOR	
DOS.....	41
TRANQUILIDAD	
TRES.....	49
NO ME IMPORTA	
CUATRO.....	55
WALKTRIPPIN'	
CINCO.....	79
NUESTRA ÚLTIMA CONVERSACIÓN	
SEIS.....	95
ELLA	
SIETE.....	125
CARTA SIN TÍTULO	

CERO

LO DEMÁS SON PURAS BABOSADAS

Recuerdo cómo en el colegio, iniciando Once, me gané de enemigo al profesor de Castellano. Yo estaba parado como un pendejo en frente de mis otros treinta compañeros dispuesto a leer un informe de lectura sobre un libro del mexicano Carlos Cuauhtémoc. El profesor me seleccionó aleatoriamente. Sabía que era una retaliación por hacerme el charrito en sus clases. Así que comencé:

—Bueno. Fue la semana pasada. Viernes. Estábamos Beto, Armando, Enrique, Gustavo y yo afuera del colegio. Teníamos muy poca plata. Hicimos vaca y nos dimos cuenta de que lo que nos acompañaba eran seis mil pesos. ¿Qué podíamos hacer?, nos preguntamos. Armando dijo que comprar aguardiente, Beto que vino, pero Enrique tuvo la maravillosa idea de ir a la tienda que queda por el parque a doblar nuestra plata jugando en las maquinitas tragamonedas. Aunque no nos dejaban entrar por ser adolescentes, el man de la tienda es parcerero de Enrique y se podía hacer el bobo mientras jugábamos. Así que fuimos. Yo tenía la plata, y le di dos mil en monedas a Enrique para que probara suerte.

—Segura, ¿usted de qué está hablando? —El profe se paró de su silla y se me acercó, con una cara de incrédulo

rarísima—. Ni a mí ni a sus compañeros nos interesa sus maravillosas aventuras juveniles. El trabajo era muy concreto: un informe de lectura.

—Relájese, profe —le respondí—. Ya voy al punto. Déjeme continuar, ¿sí?

—Eso espero —respondió agrio, yo ignorando para continuar:

—Enrique metió de primerazo una moneda de quinientos pesos. La perdió. Luego metió otra y sí logró sacar algo. Eran puras monedas de cincuenta, pero no contamos las ganancias. Luego me aventuré y saqué un puñado de monedas de la ganancia y jugué. Le saqué una buena plata. Estábamos en nuestra racha, porque de todos los que jugamos, Enrique, Armando y yo sacamos algo. Le pedimos al de la tienda una bolsa pa' meter las monedas y nos fuimos para el Parque de Robledo. Ahí, al lado de la iglesia, empezamos a contar lo que habíamos ganado y en cuánto habíamos aumentado nuestro capital. Armando sumó y nos dijo que teníamos diecinueve mil pesos. Todos abrimos los ojos. Beto se aventuró y nos dijo que eso nos alcanzaba para botella de guaro y paquete de cigarrillos. Nos miramos y aceptamos. Fue hacia la licorera y pidió el guaro y los cigarros. El de la lico lo molestó, diciéndole que era menor de edad. Él respondió que era para una fiesta que tendría la mamá, que él vivía cerca del colegio. El que atendía se comió el cuento y le vendió las vainas. Al ratico llegó Beto, cagao'e la risa, diciendo que el que atendió en la licorera era un güevón por completo.

—¡Segura! —si el profe regañaba, mis compañeros disfrutaban.

—Nos reímos al tiempo que abrimos esa botella. El bobo de Beto no pidió copas, aunque tampoco importó; nos lo tomamos a pico de botella. Cruzamos la calle para estar lejos de la iglesia, pues no queríamos que nos vieran tomando guaro en horario escolar. Prendimos cigarrillos para todos y empezamos la fiesta. Sentados ahí nos pusimos a beber, prendiendo cigarrillos en cadena y contándonos historias de las novias, exnovias, amigas y arroces en bajo: Gustavo contó que había terminado con la suya porque estaba muy intensa, lo llamaba a toda hora y quería que él estuviera siempre con ella, sin importarle que tuviera parceros; Armando era el de las historias increíbles con sus amigas que nunca conocimos; Beto no tenía mucho que contar, pues su novia era un ente de noveno. Y yo, pues sin ser correspondido por Carolina, la que me tenía loco desde hacía meses.

—Alejandro. Sigo sin saber eso qué tiene que ver con el tema —interrumpía de nuevo.

—Profe, como le dije, tenga paciencia. ¿Está maluco mi relato o qué? —Le pregunté a todo el salón.

—¡Continúe! —Gritaron todos.

—Entonces seguimos dándole al chorro —continué—. Armando nos dijo que la piscina de su unidad estaría libre, o tal vez estarían parchadas unas amigas del mismo bloque. Sin decir nada, y sabiendo la reacción de todos, él ya había guardado el guaro y los garros en su maleta, anticipándose a nuestras reacciones. Todos nos paramos del suelo y comenzamos a caminar. Agarramos la Avenida Ochenta, yéndonos a toda velocidad. Él no vive lejos, entonces la

caminata se hizo relajada. Armando no nos dejó tocar el trago en todo el camino. Decía que volveríamos a tomar cuando llegáramos a su casa. No tomar era *la recompensa por un buen trabajo en equipo*.

Cuando llegamos a la unidad, nos topamos de entrada con la piscina. Y en la piscina, con un combo de viejas que lo saludaron. Fuimos a su apartamento, que estaba solo, y nos cambiamos. Él nos prestó pantalonetas, sacó una grabadora y llevó música: ragga —que tanto pegaba en los dos miles—, reggae, electrónica y rock. Cuando llegamos, y mostramos el guaro, esas niñas se pusieron todas locas. Tanto así que, a los diez minutos de llegar, yo ya tenía a una colgando de mis hombros, jugando en la piscina, como si fuéramos amigos de toda la vida.

«Algunos nos dedicamos a echarle los perros a esas viejas, otros se relajaron y se dedicaron al guaro y a los cigarros. ¡Ah!, y también a unas cervezas que tenían ellas. De las cuatro pollas, tres dieron pista. La otra tenía novio y no quiso hacer nada, pues se quedó con Enrique y Beto ahí parchada hablando y poniendo la música en el borde de la piscina. El que cuidaba la piscina era un tipo bacano, no nos jodió por nada y solo nos pedía guaro una que otra vez; se lo dábamos pa' que nos dejara sanos con lo nuestro: beber, fumar y tratar de concretar algo con ellas. Armando estaba metido con una en la piscina, parchándose; Gustavo, apenas echándole el perro a una; yo estaba en lo mío, relajao con la pollita que me había parado las cañas. «Hey, otro guaro», gritaba Enrique, el Dj del momento. Todos corrimos y nos tomamos un trago. Luego brincamos a la

piscina para continuar con la vuelta. En la grabadora sonaba raggga, y eso nos ponía malucos porque ellas bailaban con nosotros y se movían como sirenas dentro de la piscina. No podíamos aguantar. Gustavo fue el primero en coronar. Se fue con la vieja pa' un cuartico que hay en una esquina de la piscina y allá fue. O eso nos dijo. Yo seguí con lo mío, dando picos y bailando, recibiendo mordiscos de oreja y sobadas en sitios bastante oscuros y pegajosos. La calentada estaba brava. Tanto así que, Armando, estando en su día brillante, tuvo otra excelente idea: pasar la rumba para el apartamento. Todas dijeron que sí. Incluso la monja esa que no quiso hacerle el daño al novio. Subimos con el guaro y los cigarros, la cerveza y las viejas. Una de las nenas dijo que tenía con qué comprar otra media de guaro, que llegaba en unos minutos. Fue por licor y volvió rápido al apartamento. Nadie se había quitado la ropa de la piscina, pues seguíamos vestidos de pantalonetas y las viejas de vestidos de baño.

—Alejandro, ¡no más! Voy a tener que reprobarlo —dijo de nuevo.

—¡No, no, no! —Volví a recibir el apoyo de mis compañeros.

—Profe, ellos son los que deciden. Tengo público.

—Si no llega al punto, le pongo Deficiente.

—De una.

»Entonces seguimos en la farra. Ya los cigarros estaban muriendo, pero la emoción completa. Armando y su polla fueron a un baño y regresaron al poco tiempo con un porro.

—¿Un qué? —Preguntó Pichi, un compañero que era más inocente que nadie.

—Un porro, Pichi. Un mariguano... Un bareto, armao, varillo...

—¡Ahhhh!

»Entonces la vieja lo prendió y lo empezó a rotar. Todos nos pegamos de eso, así fuera la primera vez de la mayoría, incluyéndome. A pesar de todo, no hubo mal viaje. Muy chimba. Fumamos, bebimos, bailamos, dimos picos, manoseamos. Yo me metí a la vieja con la que estaba pa' la pieza de Armando y la empeloté. Estaba muy fácil porque tenía una tanga muy pequeña. Ella está muy buena, la única inspiración necesaria. Duramos como veinte minutos. No nos importó la falta de condón, o si nos estaban escuchando... igual, teníamos un negocio imposible de cancelar. Cuando terminamos, volvimos a la farra. La vieja no se puso con rodeos y simplemente siguió farriando de lo lindo, hasta medio ignorándome.

—¿Y qué pasó? —Desde el extremo del salón me gritó Miguel, el compañero más viejo del salón (19 años). Quería continuar escuchando la historia.

»Todo siguió de la misma forma por una hora más hasta que Gustavo, Beto y Enrique dijeron que se tenían que ir. De la misma forma se fueron dos viejas: la que estaba parchada con Tavo y la otra, la monja. Nos despedimos y ellas se abrieron con los muchachos. Eso nos bajonió bastante, pues las pollas también se sintieron como mal porque las otras se querían ir. En últimas les dijimos que nos esperaran, que íbamos a salir todos. Nos cambiamos y fuimos corriendo a buscar a los muchachos. Ellos estaban todavía en la entrada de la unidad esperando a que pasara el bus de ellas, para luego caminar de vuelta. Llegamos y les dijimos que nos

íbamos a parchar de nuevo juntos. Esperamos ahí hasta que el bus llegara. Se fueron y volvimos a ser los mismos de siempre. Enrique se metió la mano al bolsillo y se encontró un billete de dos mil. «Marica, cigarros», dijo Beto. Eso hicimos. Fuimos por cigarros y empezamos a caminar de vuelta para Robledo. Armando se quedó, pues ya estaba en su urbanización. Nos recordó que tendríamos que vernos mañana para hacer un trabajo de Química. Luego de la despedida, de regreso a las casas. En el camino Gustavo y yo hablamos de lo sucedido, Beto y Enrique en otro tema. Cuando llegué a la casa, prendo y algo trabado, le dije a mi mamá que me insolé por estar jugando fútbol. Ella me dijo que era mejor acostarme, pa' no amanecer peor mañana. Me preguntó por un informe de lectura que tenía que hacer y le dije que ya estaba listo. Fui a mi pieza y me acosté a dormir.

—Y el informe —decía el profesor—. Eso nada tiene que ver con lo que les puse.

»Al otro día —seguí leyendo—, recordé que debía leer *Juventud en Éxtasis*, de Cuauhtémoc, y pensé: ¿qué es más *Juventud en Éxtasis*... un libro aburrido sobre unos equis o el parche que había tenido ayer con mis amigos? No leí nada y me puse a escribir esto. Total, juventud en éxtasis es beber, fumar, pasar bueno y fornicar todo lo que se pueda. Lo demás son puras babosadas.

TRES

NO ME IMPORTA

Hay buen clima. Hay buen sol y mucho viento. El segundo parque del Barrio Laureles me recibe como su visitante momentáneo. No vivo aquí. Obvio no. No me importa. Este foráneo no tiene la plata suficiente para pagar un apartamento aquí, que cuesta el doble —o más— que lo que gana quien gana un salario mínimo. No hay plata para vivir en Laureles. Ni me importa. Aun así, aquí estoy.

Una señora cuida de lo que parecen ser sus nietas, o las hijas de su jefa, mientras juegan en el columpio del parque. Luego las ve corretear y gritar. Gritar con ese ruido de alta frecuencia, como el de los murciélagos, que se clava en lo más profundo de tu ser para hacerte sentir mal. Y tampoco me importan. Los niños me tienen sin cuidado. Mucho menos después de haber sido profesor en un preescolar y de haberlos tenido a todos en gavilla. La mujer lucha contra los impulsos jugueteros de las niñas. Se le nota algo cansada, algo exhausta. Creo que no quiere hacer lo que hace. Pero no me importa. No me importa que se acerquen a mí, que jueguen cerca de la banca donde permanezco sentado. ¡Qué correteen y jodan! Total, me tiene sin cuidado.

Un par de pájaros me visitan. Me hacen algo de compañía en esta tarde fresca de jueves. Se golpean entre ellos. Se

alejan. Mueven sus alas como si estuvieran prestos a iniciar un combate. O un cortejo. No me importa. En vez de importarme, destapo una lata de cerveza que compré en el supermercado y enciendo un cigarrillo. Con la primera bocanada y el primer sorbo de cerveza, siento enormes ganas de escupir. Tiro aquella saliva en el lugar donde los pájaros juegan. Succiono otra bocanada de humo y me tomo un trago bastante largo de cerveza. Tan largo que me provoca eructar.

En el mismo parque a la misma hora del mismo día, una universitaria permanece sentada a unos siete metros de mi banca. Me mira mientras yo hablo por celular. Llamó Nicolás y me preguntó por algo que no recuerdo. Ni me importó ni le presté mucha atención. Más bien sigo fumando y bebiendo mi cerveza mientras permanezca fría. ¿Qué tal si voy y le converso? ¿Qué tal que sea presa fácil y, en un parpadeo, terminemos desnudos oyendo la música que sale de mi cabeza? Patrañas. No me importa. Prefiero seguir disfrutando de la música que me imagino. Ahora suena *The Thrill is Gone* de B.B King. Tengo en la cabeza el solo de guitarra de su Lucille y «The thrill is gone away». La universitaria no aguantó el parque y caminó hacia la panadería que queda cruzando la calle. Se sienta al lado de un par de señores que no logro identificar —para describirlos— y recibe todo el brillo del sol en su blanca y pálida cara.

Lejos de mi casa me encuentro. Con la cerveza ya terminada, una libreta y un bolígrafo, una cuzca de cigarrillo y unas ganas de un dulce, así sea una menta. Espero paciente para que sean las cuatro de la tarde. Faltan todavía

cinco minutos. Había quedado de llegar a cierto café. Veo que todavía falta. Cinco minutos es tiempo. No quiero llegar temprano. En cinco minutos nacen muchos. Mueren muchos. No me interesa llegar temprano. La que me espera es quien atiende el café. Andrea se llama. Según las fotos que vi en su perfil de Tinder, luce atractiva. Mientras enciendo un nuevo cigarro, la universitaria se logra mover de su silla en la panadería, cruza la calle y voltea por el restaurante de hamburguesas. No me importa. Fumo una bocanada. Siento el delicioso sosiego del tóxico químico. Me imagino ahora una canción de Joao Gilberto y Stan Getz, Garota de Ipanema. Apenas para esta tarde soleada.

El humo sigue contoneándose sin pudor frente a quienes pasan, frente a la señora y las niñas, frente a los que andan a pie, en bicicleta o en patines. A lo lejos sigo mirando al café donde está quien me espera. Gente pasa de largo. Más gente pasa de largo. No logro ver si alguien entra o sale. Yo mejor sigo fumando y disfrutando de este parque. De un pequeño pedazo de naturaleza en medio de tanto cemento y ladrillo. La niña más pequeña se cayó. Lloro desconsolada. La señora la recoge del piso y le recrimina el hecho de haberse montado en el tronco de un árbol. La niña continúa llorando. Más gente pasa y me ve. No me importa. La niña deja su lloriqueo, y como si nada hubiese sucedido, vuelve a jugar con la otra. La mujer descansa. Puedo verlo en su cara.

Mi cigarro se acabó. Quiero más. Meto mi mano en el morral y busco otro. La cajetilla está vacía. Gran problema. Quiero más. Ya son las 4:10 y creo que debo ir saliendo para el café. Llegar diez o quince minutos tarde no es problema.

Y si lo es, no me interesa. Me paro, recojo toda la basura que logré acumular y camino hacia el café. Cerca de éste, hay una papelería de basura color naranja, en la que deposito los residuos de cerveza y cigarrillo. Sigo caminando. Un perro pasa y me huele el pie izquierdo. Lo ahuyento. Sigo caminando. Escupo un par de veces antes de llegar. Cuando llego, noto que se encuentra cerrado. ¡Qué mierda! Tanta espera para que esté cerrado. El sol se ha escondido tras una gran nube gris. Señales de lluvia. Respiro y siento la humedad del preámbulo de la lluvia. Subo las escaleras de entrada del café para mirar hacia su interior. Definitivamente está cerrado. Saco mi celular y llamo. Andrea contesta al dejarlo repicar dos veces. Me saluda con efusividad: «¡Hola, Alejo! ¿Cómo estás?» Le digo que por qué está cerrado el café. Me dice que no se sintió bien y por eso no abrió. Le digo que esperé como un idiota para ir a su café y lo vi cerrado. Me dice que disculpas, que mañana abrirá todo el día, que puedo ir mañana. Le digo que mañana no importa. Importa hoy. Ella hace un sonido de insatisfacción. Algo como un «¡Ahhhhh!». Me vuelve a decir que vaya mañana. Le digo que ya no importa, «ya no importás». Que se olvide de mí.

Camino hacia la panadería y pregunto si venden cigarrillos al menudeo. Quiero sólo uno. La chica que atiende me dice que venden por paquetes. «Le vendo uno», dice. Le digo que no importa. Que quiero sólo uno. Salgo del local, escupo y miro a mi alrededor. Empezó a llover. Esto sí me importa. Si no me abrigo, puedo pescar un resfriado. Estiro mi mano y pido un taxi. El taxista me saluda al entrar. Le digo que me lleve a la 44 con 86. Él dice que con mucho gusto. En el

trayecto, Andrea vuelve a llamar. Sin dejarla hablar le digo que he cambiado de parecer. Que si me importa ir mañana. Ella se alegra. Yo también. Mañana nos veremos. Ojalá pase algo.

PEDRO MADRID URREA

Enseño como «jirafales», escribo (no) como Coelho y camino como Moncayo. Egresé de Tecnología en Informática Musical y soy un *dropout* de Ciencias Sociales. El resto es ficción.

 @karlosamparo

Textos
Urbanos

EL DESESPERO

Este libro se terminó de imprimir en CPT express S.A.S., en noviembre de 2018

*Fuentes tipográficas: Open Sans regular para texto corrido, en 12 puntos.
para títulos en Amatic Bold en 18 puntos y subtítulos.*